

# ¡Hay motín, compañeras! El último dragón del Mediterráneo

De Alberto Miralles

**Magda Ruggeri  
Marchetti**

**¡Hay motín, compañeras!  
El último dragón del  
Mediterráneo**

De  
**Alberto Miralles**

Prólogos  
**María Francisca Vilches y  
José Monleón**

Edición  
**Espiral/Fundamentos**

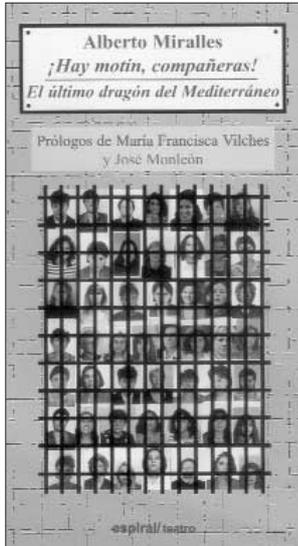
Miralles es un personaje polivalente: en efecto no sólo es autor, sino también director y profesor de interpretación, tres características que le consagran como un completo hombre de teatro. Por eso tiene la ventaja de escribir con la competencia de quien conoce el valor de los numerosos códigos de significación teatral, aptos para transmitir las emociones vividas por los protagonistas. En todas sus obras numerosas son las acotaciones que describen minuciosamente la escenografía, los movimientos, los gestos y la evolución de los personajes. Considera el teatro como una investigación minuciosa e implacable de la verdad y, rehusando cualquier compromiso, lucha incansablemente contra todo lo que considera enemigo del hombre. Siempre atento a denunciar los problemas y las lacras de la sociedad contemporánea, ha sido, sin duda, el primero en tratar un tema que hoy, después de trece años, está omnipresente en los escenarios de Madrid: la violencia en contra de la mujer. En efecto, *Comisaría especial para mujeres* fue escrita en 1989 y estrenada en 1992 con gran éxito. También en 2001, en *Cuando las mujeres no podían votar*, centró su análisis en la situación de la mujer, enfocando el problema femenino como un problema de esclavitud social.

En *¡Hay motín, compañeras!* Miralles defiende los derechos de las presas y se solidariza con ellas denunciando las crueldades a las que son sometidas. La obra está protagonizada casi totalmente por mujeres, y el autor en ningún momento las idealiza, sino que, como de costumbre, las presenta con sus defectos. Amelia, una publicitaria dispuesta a todo para ascender, es una persona ambiciosa y sin escrúpulos como su director. Aunque denuncia que está cobrando la mitad que sus compañeros, subraya que «la ambición no tiene sexo», tanto que despierta la admiración de su director que la define: «sin piedad, calculadora, testaruda y ambiciosa». En efecto es ella quien tiene la idea de servirse de los medios de comunicación mientras presentan un reportaje contundente

para dar a conocer un producto sustitutivo de la leche materna. También para Lucía Rábula, la conductora de un programa de gran audiencia, es bueno cualquier medio que la aumente y se hace ayudar en el trabajo por un cámara objeto de su interés sexual, que no sabe «ni donde está el botón del zoom».

Pero mientras estas dos ejecutivas son bastante despreciables, encontramos muchas cualidades positivas en el grupo de reclusas amotinadas, que lidera Helena, una mujer inteligente, que defiende su dignidad ante todo. Miralles está tras las denuncias de las amotinadas. Encontramos a Toña que se halla en prisión engañada por el compañero que le había entregado droga, ocultándole su naturaleza, a Teresa que lleva encerrada un año y seis meses en espera de juicio, a Rosario a la que atan de manos y pies cuando tiene ataques de locura. Helena denuncia también que las funcionarias les roban para que sospechen de sus compañeras, que sobre ellas experimentan fármacos antidepresivos, que las castigan no dejándolas salir al patio y les infligen todo tipo de vejaciones. A través de las reivindicaciones de las presas, Miralles lanza un duro ataque contra el sistema político-social denunciando que «la ley no es igual para todos, [...] los ricos pueden pagarse la libertad, [...] los políticos salen antes de entrar [y] el robo no es un delito si se llama operación financiera». Al descubrir que el motín estaba preparado por los carceleros para encubrir el asesinato de dos presas, Lucía se solidariza con las detenidas y llega a admitir la peor lacra de la televisión: «...hemos convertido el índice de audiencia en dios y los dioses piden sumisiones y sacrificios». Después de todo, ella misma es víctima de este medio que saca a relucir los secretos de su vida privada.

Como todos estos sucesos se han difundido por televisión «la oposición ha exigido al Parlamento que se abra una investigación. Y el Ministro del Interior ha dimitido». La obra concluye con una perspectiva optimista. La



solidaridad ha triunfado y las presas terminan ocupando un puesto digno en la sociedad. Estamos totalmente de acuerdo con María Francisca Vilches que, en su meticuloso prólogo a la obra, quiere «llamar la atención sobre la calidad de la «carpintería teatral» de esta acertadísima pieza.

*El último dragón del Mediterráneo* es una brillante creación dramática con personajes ficticios que viven entre figuras y situaciones reales. El mismo título evoca el modelo de avión (Dragon Rapide), que llevó a Franco desde Canarias hasta Marruecos y la conocida película, pero también el volumen de Manuel de Benavides, *El último pirata del Mediterráneo*, que trata de Juan Albert, un aventurero mallorquín. Narrando la turbia biografía del protagonista, José Mercán, el autor pasa revista a un período candente de la Historia de España, exactamente entre el 14 de abril de 1931 hasta el 18 de julio de 1936, y sube al escenario a personajes históricos como José Antonio Primo de Rivera, Mangada y Goicoechea. En los diálogos se cita a Lerroux, Azaña, Juan de la Cierva, Franco, Mola, Queipo de Llano, Sanjurjo, Juan Ignacio Luca de Tena, etc. Una vez más Miralles se lanza contra el poder mostrando su falsedad y su lado más corrupto, alertándonos ante los posibles Mercán que puedan surgir hoy. En efecto la obra muestra como el poder político está en manos de los que tienen el dinero y que condicionan los asuntos del Estado para favorecer sus turbios negocios.

Los desórdenes que ensombrecieron desde el principio a la Segunda República están llenos de enigmas. Miralles ha puesto nombres a esas ambigüedades y ha convertido los sucesos en ideas. Es una licencia dramática que le permite singularizar a personajes que nadaban en una violencia que ellos mismos propiciaban. No es casual el epígrafe con que el autor introduce su propio texto: «Esta obra es una metáfora sobre el mal, donde la violencia es el destino ineluctable de los personajes». En efecto, Mercán parece ser una encarnación del mal en lucha con el bien, sutilmente representado por su *alter-ego* joven. Toda su vida es una conspiración en la sombra. Considera que la República no le conviene y con su dinero trama contra ella, sobornando a todos, comprando incluso al ladrón que le atraca para que incendie iglesias. A sus intereses personales les convenía la violencia en la calle, que exasperaría a la gente haciéndole desear un gobierno fuerte que restaurase el orden. Es él quien

corrompe a los periodistas y a los carceleros, financia al partido de José Antonio y a los que preparan el alzamiento. Con su inteligencia mefistofélica consigue que también sus enemigos políticos trabajen para él. Pero su maldad no se revela solo en su actitud política, sino también en su vida familiar. Marca diferencias entre los hijos privilegiando a Jorge, que le traicionará, antes que a Luis, maltrata a su mujer hasta el punto de golpearla cuando estaba embarazada de Ana, que nacería con lesiones cerebrales. El mismo confiesa su visión antropofágica de la vida («Yo vivo porque otros mueren y si no mueren los mato [...] socialmente. Los arruino o los desprestigio»), y como su hijo Jorge, es «Despiadado [...] Maquinador [...] Vengativo». El protagonista de Miralles probablemente está inspirado en la figura del millonario Juan March por algunas coincidencias con su trayectoria vital. Como este financiero, Mercán había obtenido el monopolio del tabaco en Marruecos, estaba en estrecho contacto con los conspiradores, financiaba expediciones de material bélico (véase Hugh Thomas, Págs. 65, 100, 270), pero su historia personal y la de su familia son imaginarias y enriquecen la trama de la obra con amores, enredos, asesinato por equivocación, etc. Consigue así mantener siempre despierta la atención del lector-espectador, conduciendo la historia a un desenlace trágico y totalmente inesperado.

La obra se estructura en dos actos compuestos de numerosas escenas breves y veloces, hábilmente concatenadas y apoyadas en un lenguaje de altura, que mantienen un ritmo sostenido. La acción dramática pasa del despacho de Mercán al interior de su casa, de la calle al sótano clandestino, del taller de pintura de Luis a la cárcel. Cada acto empieza en un ambiente conspirativo y en cada uno hay una escena simultánea que subraya ulteriormente que los acontecimientos están dirigidos por Mercán. En el primero, mientras el financiero avisa al fabricante de armas Kruger, nombre evocador del industrial Krupp, que «...el plan ha comenzado...», en otra parte del escenario, Mateo, el atracador, «iluminado por el fulgor del incendio, [...] lleva en su mano una antorcha humeante». En el segundo, mientras Mercán, por haber defraudado al Estado, está en una cárcel que tiene el aspecto de un salón acogedor, rodeado de sus amigos, en otra parte del escenario tiene lugar «el mitin fundacional de la Falange». Para subrayar la

utilización de su ideología, las palabras de José Antonio coinciden, en ocasiones incluso a nivel sintagmático, con las que se sugieren en la conversación de Mercán con Quintanar, otro personaje de la conspiración.

La obra es una denuncia del condicionamiento que desde la sombra el gran capital ejerce sobre la política y el destino de los pueblos. Los líderes se exponen públicamente y ante la gente común simulan dirigir los acontecimientos, así como las ideas parecen inspirar los sistemas, mientras unos y otros son sólo tapaderas de intereses que, en el binomio Mercán-Kruger, se presentan ya como internacionales. Es más, Miralles subraya la natural y casi inevitable tendencia de este sistema no sólo a utilizar la legalidad, sino a desbordarla en cuanto le conviene, criminalizándose. No hay regla moral o ética que prevalezca sobre la lógica implacable del «legí-

timo» beneficio que se plasma en el lema de máxima ganancia en el mínimo tiempo con el mínimo riesgo. Es una patología del poder que no conoce mejor signo externo que el dominio económico hasta confundirse con él y es el motor de la gran criminalidad organizada.

*El último dragón del Mediterráneo* está precedido por un largo y exhaustivo prólogo de José Monleón que también resume la trayectoria dramática de Miralles y subraya la importancia de esta obra. En efecto, ha obtenido, además del *Premio Nacional Ciudad de Alcorcón* de Madrid, el *Serantes* de Bilbao y el *Eduard Escalante* de Valencia. No deja de ser curioso que en tres autonomías distintas se hayan interesado por el tema, lo cual demuestra el alcance del drama y su conexión con diferentes sensibilidades. Esperemos ver pronto estas obras en escenarios adecuados a su categoría. ■

# Lunas y Dalila y los virtuosos

## De Santiago Martín Bermúdez

**Pilar de la Puente**

**Lunas y Dalila y los virtuosos**

De Santiago Martín Bermúdez

Introducción Diana de Paco Serrano

Edición de La Avispa Madrid, 2001

Bajo el epígrafe «Dos historias femeninas», la Colección La Avispa publica dos piezas de Santiago Martín Bermúdez (Madrid, 1947): *Lunas y Dalila y los virtuosos*, cuyo nexos común es el hecho diferenciador de la perspectiva femenina desde la cual el dramaturgo (*Premio Lope de Vega*, 1995) profundiza en los más acuciantes conflictos personales, y también, sociales, en los que todo ser humano se halla atrapado. Para hacernos reflexionar sobre tan humanas incertidumbres, las dos obras combinan dramatismo y humor en tan justa medida que consiguen captar de forma espontánea, desde las primeras escenas, el interés del lector-espectador.

*Lunas*, versión actual de *Mujeres enojadas con la luna*, estrenada en 1999 en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, fue objeto, al año siguiente, de una lectura dramatizada en el V Ciclo SGAE, razones por las que, ahora, se agradece la lectura de los textos. Ambos hacen alusión a la influencia de la luna, a las dos caras de la luna, a la verdad y a la mentira, a la ocultación y a la sinceridad; sobre todo porque sus dos protagonistas son mujeres luna y «las mujeres siempre hacen daño a las mujeres y benefician a los hombres, sin darse cuenta» (escena XII) como les sucede a ellas, Dafne y Violeta, la una en evidente alusión a la ninfa convertida en laurel